

México, Marzo 14
de 1919.

Sr..... Presente.-

Estimado y fino amigo:

Recibí su carta de 8 de marzo.

Quiero ante todo manifestarle mi más sincero agradecimiento por ella, pues no es muy fácil contar con amigos que tengan la franqueza de exponernos puntos de vista contrarios a nuestras ideas; la mayor parte de ellos prefieren prudentemente dejarlo a uno que piense y obre como quiera.

Aun cuando las ideas que le expuse a su hermano no solamente las he tenido desde hace tiempo, sino que ~~hace~~ de dos años a esta parte las he venido poniendo en práctica, no había tenido sin embargo oportunidad de darles una forma precisa, hasta que la carta de ud. me proporciona la ocasión de hacerlo.

Con mucha frecuencia confunde uno a los correligionarios y partidarios en política y a los subordinados de Oficina con los amigos. Así pues, comienzo por hacer una distinción entre amigos oficiales y amigos personales.

Es cierto, como usted dice, que en vez de hacer amigos estoy perdiendo los que tenía. El objeto de esta carta será exponerle mi modo de pensar sobre la amistad en política y el por qué de esta mi falta de tacto político para hacer y conservar amigos.

Es ya axioma que todo funcionario público que desempeña un alto cargo deba usar éste para formarse una personalidad política, empleando la fuerza de su cargo para combatir a sus enemigos o desarmarlos o atraerlos, y para favorecer, fortalecer o defender a sus amigos y aumentar el número de ellos.

Esta opinión es tan generalizada y se ve tan sin prevención y se considera tan legítima y moral la actitud de un funcionario que tal hace, que quien no sigue esa línea de conducta es calificado de tonto, inepto y falto de tacto político.

Yo debo comenzar por manifestarle que durante mi permanencia en la Secretaría de Hacienda, no solamente no quise seguir la política de hacer amigos, sino que tuve el cuidado de seguir una conducta especial, que a mí me pareció más honrada y más sensata.

En Hacienda los más altos empleados, tales como Administradores del Timbre, Administradores de Aduanas, Jefe de Hacienda, etc., que en cierto modo podían tener en aquella época un carácter político, los dejé siempre a la designación personal del Primer Jefe, y no me acuerdo haber nombrado uno solo de estos funcionarios sino por acuerdo del Primer Jefe y, más aún, a sugestión del mismo.

• En cuanto a los empleados de menor categoría, siempre preferí no ocuparme de la abrumadora e ingrata labor de designarlos a ciegas, sino que dejé mucho de este trabajo a mis colaboradores, y como regla general seguí la de dejar que los jefes de oficina escogieran sus empleados, por parecerme que esto va más de acuerdo con los prin-

cipios de responsabilidad de los funcionarios. Yo soy de los que creen que el Presidente de la República no es quien debe estar buscando y nombrando hasta el último guarda fiscal de la más remota Aduana, sino que al Primer Magistrado toca depositar su confianza en determinados hombres, que son los Jefes de las Oficinas, y a éstos queda la responsabilidad de seleccionar su personal, sugiriendo los nombramientos de sus subordinados.

Así pues, yo puedo decir que las miles de oportunidades que se me presentaron de hacer amigos distribuyendo empleos no las aproveché y, por consiguiente, no hice amigos. El Primer Jefe era el que distribuía los empleos principales y tengo la certeza de que no hay ningún empleado de categoría en Hacienda, que no haya sabido y sentido muy sinceramente que su puesto lo debía al Primer Jefe personalmente.

Por cuanto a usar la tremenda fuerza que el manejo de los fondos del país ponía en mis manos, distribuyéndolos para hacer favores y formar amigos, ni siquiera es necesario que lo discuta yo - tan absolutamente a salvo me siento ni siquiera de la sospecha de que lo hubiera yo pensado.

Pero hay otras muchas maneras de hacer favores en nuestras funciones públicas sin faltar a nuestros deberes, y estos favores son los que en concepto de la mayor parte de los que me juzgan no supe hacer.

Debo, en efecto, admitir que durante mi gestión como Secretario de Hacienda, mis resoluciones eran tan absolutamente desinteresada que nunca me ocupé de hacer favores, sin que esto quiera decir que muchas de las personas que recibían resoluciones favorables, aunque justas, en la Secretaría, no hubieran creído deber esos favores a la intervención de tal o cual persona. Por regla general, sin embargo, y tratándose de asuntos de importancia, siempre procuré hacer saber a las personas interesadas que gestionaban en la Secretaría, que esos asuntos no podían resolverse sino por acuerdo expreso del Primer Jefe, y por tanto en todos los casos y como regla de conducta, me impuse la práctica de hacer comprender a los interesados que era al Primer Jefe personalmente a quien debían la resolución favorable de sus asuntos.

En cuanto a los negocios pequeños o de mero trámite, habría yo deseado que todo el mundo supiera que las resoluciones se dictaban en justicia sin necesidad de influencias, pero tampoco habría yo podido evitar que se creyera que las resoluciones en esos asuntos se debían a bondad mía o del Subsecretario o del Oficial Mayor, o de los Jefes de Departamento o de Sección.

No obstante todo lo anterior, era inevitable que habiendo desempeñado un cargo tan prominente al lado del Primer Jefe, me quedara siempre y a pesar de mí mismo, un gran número de relaciones, correligionarios, partidarios o subordinados, es decir, "un grupo de amigos adquiridos durante mi gestión administrativa."

Que no he sabido conservar ese grupo de amigos, ni mucho menos he tenido el cuidado de aumentarlos, es, en substancia, el tema de la carta de usted.

~~Así~~ Así es, en efecto, y a continuación verá usted el por qué de esta aparente falta de aptitud política mía; pero para entender me es necesario que comience usted por creer que tengo desde hace tiempo formado el firme propósito de retirarme de las funciones públicas y de la política activa, cuando el señor Carranza concluya su actual pe-

ríodo constitucional.

Mis frecuentes viajes al extranjero me han enseñado que cada vez que uno se encuentra ausente, las filas de nuestros partidarios o correligionarios se merman considerablemente.

En el seno de la Administración Pública sucede con frecuencia que durante nuestra ausencia atacan o dan de mano a aquellas personas que se supone no tienen otro apoyo que nosotros, con lo cual no solamente se cometen grandes injusticias en lo personal, respecto de empleados o revolucionarios que no han tenido ninguna falta, sino que además se perjudica a la administración pública privándola de elementos valiosos.

Por otra parte, nuestros amigos o las personas que en cierto modo se sienten abandonadas durante nuestra ausencia, es natural y muy humano que "busquen su salida", es decir, que al suponer o sospechar que uno podría no volver a constituir un fuerte apoyo político para ellos, procuren encontrar otras personas a quienes acogerse.

El resultado de estas dos tendencias es que cuando uno regresa de un largo viaje se encuentra con que un gran número de sus partidarios, colaboradores o correligionarios, sin haber cambiado de orientación política, han desplazado sin embargo su centro de gravedad dejando de apoyarse políticamente en uno y pasando a depender más directamente de alguna otra persona o personas a quienes consideran de más influencia.

La observación de este hecho tan sencillo y tan humano, me hizo pensar en que el procedimiento más práctico y más eficaz para que un hombre pueda retirarse de la política es seguir las enseñanzas psicológicas que proporciona esta misma observación.

Resuelto, pues, como estoy a retirarme de veras y por completo del servicio pública y de la política activa, cuando concluya el período presidencial del señor Carranza, he tropezado con la incredulidad de un gran número de personas que además de creerme insincero en ese propósito, me argüían que en México es absolutamente imposible retirarse de la política, porque todo hombre que ha desempeñado un puesto pública o que ha tenido cierta notoriedad en sus actividades políticas, no puede ya en lo sucesivo desprenderse de la cosa pública si no es desterrándose.

El dilema tal cual se nos presenta a los políticos es el siguiente: o continuar más metido cada día en la cosa pública, o darse por vencido y desterrarse del país.

Pensando en esto y con motivo de mi último regreso de la América del Sur, "descubrí" que la única razón de peso para creer que un hombre no pueda salirse de la cosa pública cuando él quiera, es que sus propósitos se estrellan contra la voluntad de todas las gentes que en cierto sentido dependen de él, las cuales aun cuando generalmente se consideran como partidarios que lo apoyan y lo mantienen a flote, en realidad son un "lastre político". Es decir, hay siempre un grupo de personas que necesitan que uno continúe en la cosa pública porque de otra manera se verían abandonados y expuestos no solamente a injusticias como empleados, sino a atropellos como partidarios.

Un político que quiera irse librando poco a poco de ese

lastre político, tiene que luchar contra la corriente de oposición de sus partidarios, correligionarios o amigos políticos, que tirán de él y que en la mayor parte de los casos y bajo la forma de solicitud de que interpongamos nuestra influencia, nos obligan a continuar constantemente usando de ella para ayudarlos en sus negocios, defenderlos, mejorarlos, y a los cuales obedecemos por temor de que si no hacemos lo que nos piden se crea que ya estamos caídos.

Y este es, en mi concepto, el error fundamental de los políticos "que no pueden retirarse": no se deciden francamente a rehusar su apoyo, de modo que al cabo de cierto tiempo todos sus partidarios, correligionarios y amigos políticos, (note usted que en ningún caso me refiero a los amigos personales) vayan poco a poco retirándose de ellos y "buscando su salida" al arrimo de otra influencia.

Esto último, sobre todo, duele más en política que una derrota franca, pues no tiene gracia eso de ver que nuestros amigos no necesitan ya de nosotros y se acogen tal vez a algún rival, que hace por ellos lo que uno no pudo hacer.

Reconozco que esto es casi sobrehumano y que un hombre tiene que hacer un prodigio de voluntad para dominar su amor propio y aceptar temporalmente las ingratitudes y desvíos y aun el dictado de falto de consideración y ~~alta~~ lealtad con sus amigos, y, sobre todo, el de falto de tacto político.

En la situación en que me encuentro en la actualidad, dedicado conscientemente a deshacerme de mi lastre político, he observado el esfuerzo tan grande que necesito hacer para rehusarme persistentemente a intervenir en los miles de asuntos que vienen a mi conocimiento en el supuesto de que poseo una gran influencia política. Más bien dicho, el esfuerzo casi sobrehumano que se necesita hacer para ~~refrenarse~~ refrenarse y no abusar de la consideración de amistad que le dispensen a uno los hombres influyentes, gastándola en procurar la resolución favorable de negocios, o en obtener colocaciones o en sostener en casos difíciles a empleados amigos nuestros contra cualquiera amenaza de suspensión ~~o~~ o de cese, justa o injusta.

A mi regreso de América del Sur, no solamente me propuse no adquirir nuevos amigos en política, sino que, conscientemente y con el conocimiento de las consecuencias que esto me acarrea, he procurado ir perdiendo poco a poco todos los partidarios políticos que pudiera yo tener.

Lo primero es fácil. Lo segundo es más difícil, porque se requiere mucho tacto (y yo no lo tengo) para no convertir un amigo en enemigo.

Con frecuencia - pudiéramos decir, casi siempre- el partidario o amigo político que acude a nosotros en demanda de un servicio, queda decepcionado si no obtiene lo que pide, ya sea que no lo obtenga por imposibilidad de nuestra parte, o porque vea que notenemos voluntad de hacerlo. Por otra parte, es muy difícil en México que un político diga "no quiero", y de ahí la inacabable cadena de citas y aplazamientos que resultan cuando eludimos la resolución de un asunto en vez de decir francamente que no queremos ocuparnos de él.

Yo me he propuesto la práctica de decir siempre francamente que "no deseo ocuparme de los asuntos de que se me habla," porque tengo la certeza de que a la larga este es mejor sistema que dar falsas

esperanzas. Podría yo con cierta facilidad quitarme de encima compromisos, aplazándolos o eludiéndolos en diversas formas; pero esto produce, además, la impresión de que en política está uno caído, y entonces sobrevienen otras consecuencias que hacen nuestra situación más difícil.-

Una vez sabiendo que me propongo retirarme decididamente de la cosa pública al terminar el período del señor Carranza, se explica ya el por qué de todo lo que vengo haciendo, y sobre todo, el por qué de la gran pérdida de amigos políticos que vengo sufriendo de algún tiempo acá.

Me doy cuenta de que durante mi gestión como Secretario de Hacienda, no solamente no hice amigos por medio de la gran fuerza política que ponía en mis manos el manejo de los intereses del país, sino que, por el contrario, hice un considerable número de descontentos -no los llamo enemigos- entre todos los que no pudieron obtener lo que habrían deseado. Si yo hubiera tenido propósitos políticos ulteriores, comprenderá usted que no me habría faltado perspicacia para ver que estaba haciendo un gran número de pequeños enemigos y que necesitaba apresurarme a compensar ese desprestigio con un gran número de amigos que había que hacer "sabiendo ayudar."

Puede usted tener la seguridad de que si quisiera yo, "sabría ayudar"; pero que precisamente lo que no quiero es "ayudar", porque a la larga, todas las personas a quienes políticamente se ayuda, constituyen el lastre más pesado que el hombre público tiene para retirarse; porque quien comienza a ayudar necesita continuar la ayuda y seguir siempre ayudando, y en el momento en que para de hacerlo es un cadáver político, o tiene que emprender nuevas aventuras para restaurar su fuerza política.

Profeso, por otro lado, la creencia de que los amigos personales no se pierden cuando está uno en los puestos públicos, sino que simplemente se suspende el funcionamiento de su amistad hasta que deja uno de ser funcionario, que es cuando vuelve uno a ponerse en contacto con ellos.

Puedo, pues, resumir mis ideas a este respecto diciendo que, habiéndome propuesto sinceramente, o, más bien dicho, habiendo hecho el compromiso conmigo mismo de retirarme de la cosa pública, estoy siguiendo el único camino sensato y conducente para lograrlo, el cual consiste en descartarme conscientemente y persistentemente de todos los partidarios, correligionarios o amigos políticos que en lo sucesivo pudieran oponerse a la realización de mi propósito.

Sabiendo esto y sabiendo que no sólo lo he pensado, sino que estoy poniendo mi voluntad al servicio de este propósito, se podrá comprender que no es por falta de aptitud política por lo que no hago amigos. No tengo, por supuesto, empeño en que se haga justicia a mi perspicacia o a mi habilidad política; casi me es indiferente que se atribuyan los resultados a que no entiendo mis intereses ni mis deberes de amigo, o a que no tengo tacto político para hacer partidarios.

He oído a alguien atribuir a un ex-amigo mío el siguiente juicio, que me parece muy bien expresado: "Cabrera, como escritor, supo hacer partidarios, porque supo hacerse grandes enemigos; como funcionario, desaprovechó lastimosamente el tiempo en que debió hacer amigos, porque no supo ayudar."

Acepto sin rectificación ese juicio como el mejor elogio que

un enemigo personal mío podía hacer de un correligionario.

La carta de usted, que no me canzaré de agradecerle, me obliga a revisar con detenimiento estas cuestiones, con designio de fallar dentro de mí, si realmente estoy equivocado o si tendré razón, y los ejemplos que usted me apunta son dignos de estudio.

No quiero de propósito referirme en particular a ninguno de los hombres de nuestra Revolución que han sabido hacer amigos, porque no quiero dar a esta carta un carácter de discusión de personalidades políticas, pero sí me permito llamar su atención sobre que los grandes políticos que supieron hacer amigos, sabiendo emplear bien la influencia o la fuerza que tenían a su disposición, no conservaron después de su caída o de su muerte, más que un reducidísimo grupo de amigos personales. Los que murieron en la plenitud de sus funciones políticas, conservaron mayor número de amigos políticos que los que murieron algún tiempo después de haber abandonado el cargo público.

Tomaré como ejemplos más salientes al General Díaz, a don Manuel González y a don Ramón Corral, para no hablar más que de los muertos: El General Díaz conservó y conservará todavía muchos partidarios, porque a pesar de sus errores la intervención que tuvo en los asuntos públicos de México fué tan vasta y tan prolongada, que sería imposible que hubiera pasado instantáneamente del todo a la nada; pero sería un estudio digno de hacerse el averiguar de todos los amigos que le quedaron a esos tres hombres al morir, quiénes eran verdaderos amigos personales y quiénes fueron más bien políticos herederos de una parte de la influencia que ellos tuvieron en vida. Don Manuel González, especialmente, se considera como uno de los hombres que supo hacer más amigos, y, sin embargo, en lo personal eran muy pocos, fuera de sus parientes, los que quedaron fieles a su memoria después de muerto, y en cambio, yo conozco a más de cuatro que, sin perjuicio de negarlo como amigos personales, usaban de su nombre y de su influencia llamándose "gonzalistas," cuando este título les fué útil para medrar en los últimos tiempos del general Díaz, es decir, seguían desprestigiándolo y siendo su "lastre político" hasta en la tumba.

Mirando ahora a mi derredor, encuentro, en efecto, que la mayor parte de los hombres públicos que nos han acompañado en estos años de lucha (me refiero a los que tienen por delante un futuro político: el General Obregón, el General González, el General Alvarado, el General Diéguez y el General Aguilar etc/ entre los militares; Aguirre Berlanga, Pani, Rouaix, Palaviccini, Nieto, etc. entre los civiles) todos, más o menos, han sabido hacer amigos.

Ignoro si ellos hayan reflexionado en lo que antes digo, o si en ellos haya sido un don natural de sociabilidad el haber sabido hacerlo; pero en cuanto a mí, puedo asegurar, faltando un poco a la modestia, que si yo quisiera sabría hacer muchos amigos, como he sabido hacer enemigos.

Entre paréntesis, debo manifestarle que los enemigos que he hecho no me han surgido al acaso ni por torpeza, sino porque he sabido hacerlos, porque siempre he considerado necesario marcar bien a los enemigos de nuestra causa o de los principios por los cuales he propugnado, señalándolos como la encarnación de las ideas y de los principios contra los cuales combatimos. Desde el principio de mi carrera política lo hice a sabiendas; no fué por casualidad como me han resultado los grandes e irreconciliables enemigos que tengo, y yo si puedo decir que tengo grandes y escogidos enemigos.

En cuanto a mis verdaderos amigos, no he perdido ninguno de aquellos que lo eran por razones de carácter personal, por comunidad de ideas, o por una larga vida de compañerismo, aún en los casos en que nuestras ideas políticas han divergido considerablemente. En ese sentido tengo la certeza de que cuando yo esté retirado de la política, todos los amigos "latentes" que tengo, pero que, ya sea por dignidad o por amor propio no pueden ostentarse ahora amigos míos, surgirán nuevamente a mi lado cuando "los otros" acaben de irse.

De toda su carta, un sólo error de la opinión pública acerca de mí es el que me duele: el de que haya gente que me considere anormal desde el punto de mis sentimientos personales, es decir, que se crea, como usted dice, "que soy ~~un espíritu~~ un espíritu culto e inteligente pero refractario al bien", "pura cabeza pero nada de corazón".

A este respecto tengo mis ideas propias y sé las causas que existen para que se crea que todo lo que he podido desplegar en mi vida de esfuerzo y de inteligencia, ha tenido por objeto hacer el mal. Es natural, en efecto, que un hombre a quien le ha tocado siempre el papel de agresor, no enseñe a los demás durante la lucha más que los lados duros y agrios de su carácter, es decir aquellas cualidades de astucia, de dureza, de sangre fría, de impiedad que ha necesitado para atacar y herir y que se supone que no emplean sino cuando se trata de hacer el mal. Se necesitaría que lo conocieran a uno o en obra de reparación o enteramente en el seno del hogar, para que pudieran darse cuenta de cuál es el verdadero fondo de nuestro carácter.

Para concluir, contestaré un último punto de su carta. No es que no me importe perder amigos, como pudiera creerse, y que esto sea un indicio de anormalidad de mi carácter. Sería, si se quiere, una rareza en mis procedimientos y no rehuyo el calificativo, porque siempre he creído que entre las cualidades que me distinguen tengo la de cierta novedad de mis medios de acción, que a muchos desconciertan. Si me importa, y mucho, es decir, sentiría yo, y mucho, perder amigos personales, porque esto querría decir que los que lo eran habían cambiado de opinión respecto de mi modo de ser íntimo. Pero en cuanto a los amigos políticos, no puede decirse que "no me importe perderlos", sino que, por el contrario, "me importa" y me importa bastante perderlos, y precisamente ese es mi propósito en la actualidad.

Concluyo agradeciéndole nuevamente su carta que para mí ha significado más de lo que usted se figura, porque constituye una demostración de verdadera amistad personal y es en el fondo una prueba viviente de la razón que me asiste, supuesto que a pesar de lo que usted llama "la distancia que guarda nuestra amistad," tengo en Ud. sin embargo un verdadero amigo.

Siempre lo he considerado así y nunca tan sinceramente como ahora me repito su afmo. amigo que lo estima.

(firmado)--LUIS CABRERA.